**Santificado sea Tu Nombre** ****

*En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén*

*Señor, que tu gracia inspire, sostenga y acompañe a estos grupos “Pío XII”, para que nuestro trabajo comience en Ti como en su fuente y tienda siempre a Ti como su fin.*

Cuando somos conscientes de que Dios es quien dirige nuestras vidas, quien está tomando la iniciativa tenemos la conciencia clara de que el Espíritu Santo está actuante en nosotras.

«*Santificado sea tu nombre*» esa sea nuestra única meta, es decir, que Dios sea reconocido y amado, que todos los hombres le conozcan y lleguen al conocimiento de la verdad. Santo Tomás dice que el nombre de Dios es «lo más admirable, amable y venerable». Admirable en su eternidad y en su majestad.

Sólo ante Él cabe postrarse. Cuando santo Tomás apóstol se dio cuenta de que quien tenía delante era Cristo, se postró, esta postura de venerar a Dios, es la más natural de quien se ha encontrado con Él.

Esta es **la primera de las peticiones**, que son siete y significa plenitud. Todo lo que se pueda pedir lo vamos a hacer en el Padrenuestro y el orden es muy importante.

Lo **primero** es: Señor, que Tú seas amado, admirado, venerado. ¿Cuándo santifico el nombre de Dios? cuando los demás le reconocen se da el momento de la felicidad plena. Que nuestro Padre aumente en nosotras la pasión por evangelizar, para que el nombre de Dios sea santificado.

Lo **segundo** es: Dios es santificado en su cuerpo místico, san Juan dice: «¡La paz esté con ustedes! Como el Padre me envió a mí, así los envío yo a ustedes». Dios santifica a cada uno de los hombres a través de la fuerza de los sacramentos, el Espíritu se hace presente a través de ellos que realizan *eficazmente* la gracia que significan en virtud de la acción de Cristo y el poder del Espíritu Santo. El **Bautismo** regenera y hace templo del Espíritu Santo a aquel que lo recibe. El sacramento de la **Reconciliación** perdona los pecados, devuelve la gracia, devuelve la santidad. La **Eucaristía** hace presente el misterio de Cristo, muerto y resucitado, realmente Cristo presente. El **Orden Sacerdotal**, cuyo ministro es el obispo, realmente configura a un hombre bautizado con Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote. La **Confirmación** es la verdadera efusión del Espíritu Santo.

Los sacramentos –dice el *Catecismo*- anticipan la liturgia celestial, la celebración del cielo, donde sólo se vive del amor de Dios. Por tanto, hacen presente el amor de Dios.

El termino santo viene de la palabra hebrea *qados* probablemente derivada de *qadad* que significa separar, así se entiende lo santo: lo totalmente separado del mal, de lo profano, de lo mundano… Por eso Dios es ***Santo*.**

Al decir «*Santificado sea tu nombre*», “pedimos que se manifieste y sea reconocido como Santo…” Él es Santo en **Su Ser** porque es el totalmente otro, el que se encuentra en una dimensión que nos supera, nos fascina, nos sorprende, que no abarcamos ni alcanzamos a comprender y es Santo en **Su Hacer** porque sus acciones son Santas en el sentido de que están separadas de todo mal. Dios jamás castiga, jamás daña, jamás condena, sus designios son siempre de amor y de bondad. «Hace salir Su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos» Mt 5, 45.

Santificar Su nombre es reconocer que nuestro Padre es Santo con nuestros pensamientos, palabras y obras y así dar a conocer Su Santidad a nuestros hermanos.

**Santificarlo de pensamiento**

Darle el lugar más importante en mi vida, reconocer en mi interior que **Él es el Todo**, la plenitud de todo, del amor, de la misericordia, del gozo, del perdón, de la paz, de la verdadera felicidad, de todos mis anhelos. Que nada ni nadie me sacia como Él, me conoce como Él, me ama como Él y es capaz de conducirme a mi salvación, a ser verdaderamente libre.

Santificar a Dios con mi pensamiento significa pensar primero en Él, en lo que espera de mí, en lo que quiere de mí y con base en eso definir lo que haré, la decisión que tomaré, es poner todo primero en Sus manos y dejar que Él decida.

Es no permitir que nada ni nadie ocupe un lugar más importante que Él en mi mente o en mi corazón, **dejarlo ser mi Señor**. Es amarlo primero y con Su amor y desde Su amor aprender a amar como Él ama. Es reconocer que es el Totalmente Otro, que me supera por completo y por ello no puedo entender Sus designios que son de amor. Es pensar bien de los demás porque Él habita en cada hermano que cruza mi camino. Es transformar mi vida y –mediante mi testimonio- la de los que me rodean, es reconocerlo para darlo a conocer con mis palabras y actos.

**Santificarlo de palabra**

Es hablar con Él para alabarlo, para reconocer los dones que derrama en mi vida y agradecérselos. Es decirle que me doy cuenta de que está ahí a mi lado, amándome y sosteniéndome en cada instante de mi vida.

Es no banalizar Su nombre. No blasfemar. No atreverme a utilizar Su nombre para justificar decisiones o acciones nada justificables… Es hablar de Él a los demás, como he descubierto Su amor por mí, como he experimentado su presencia en mi vida.

**Santificarlo de obra**

Es corresponder concretamente a su santidad en la medida de mis fuerzas y auxiliada por Su gracia, con mis obras. Es demostrar con mi actuar que verdaderamente me fio de Él, que acepto Su proyecto para mí, que creo en Su palabra, que por encima de mi lógica y de mis tendencias, prefiero lo que Él me propone.

Es disponerme a vivir, no sólo a meditar, leer o platicar el Evangelio. Es aceptar y practicar Su justicia, Su misericordia, Su mandato de perdonar y amar sin límites, no sólo en teoría, sino en la práctica**. Mis hechos hablan más que mis pensamientos o palabras.**

Es vivir con la paz y la tranquilidad de saberme hija Suya, de saber que el Padre vela por mí y que nada habrá de sucederme que Él y yo juntos no podamos superar. En suma, es vivir mi vida gozando, aún en medio de dificultades y tribulaciones, de la paz y libertad que provienen de reconocer y relacionar Su santidad y mi filiación.

El Papa Francisco nos dice que esa petición expresa la admiración de Jesús por la grandeza y belleza del Padre, y el deseo de que todos los hombres la reconozcan y la amen. Señala que Dios sea santificado en la vida personal de cada uno, de cada familia, de cada comunidad, del mundo entero. Que la obra de Dios se realice en los hombres y en el mundo y de esta manera su nombre sea santificado.

**Práctica semanal:** Tras decir «*santificado sea tu nombre*» meditar en cómo he santificado el nombre de Dios y durante mi examen de conciencia diario, preguntarme si he buscado el bien de los otros o el beneficio propio, si he actuado como Cristo quiere que lo haga.

*Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Amén*